

Bx1755
B26



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

LA RELIGION DEMOSTRADA.

CAPITULO I.

EXISTENCIA DE DIOS.

LA razon natural basta para conocer que hay un Dios criador del cielo y tierra; porque si viésemos un palacio muy grande, muy hermoso, alhajado con magnífica riqueza, y adornado con esquisito primor, ¿no diríamos que es un insensato el que afirmase, que aquel palacio, aquellas alhajas, aquellos adornos, nadie los ha fabricado ni ordenado? Pues bien, el mundo es este soberbio palacio: el sol le ilumina de día, la luna por la noche; el cielo está poblado de estrellas, la tierra de hombres, de animales, de plantas; el mar y los rios de peces, el aire de aves; las estaciones se suceden unas á otras con orden admirable; en las entrañas de la tierra se halla el oro, la plata, todos los metales, las piedras preciosas; y un mundo de tanta riqueza, tanta hermosura y maravilla, ¿no ha de existir un Señor que le haya criado y ordenado?

CAPITULO II.

ATRIBUTOS DE DIOS.

El Señor que ha criado todas las cosas ha de ser todopoderoso; pues que criar es sacar de la nada, hacer que de repente exista lo que antes no existia; y para esto es bien claro que se necesita un poder infinito, la omnipotencia. Nuestras obras las fabricamos los hombres á costa de tiempo y de trabajo, y siempre teniendo antes la materia; porque el carpintero, por ejemplo, no construye la mesa sin que tenga

008270

á la mano la madera necesaria; pero no existiendo nada, decir *hágase* y quedar hecho, supone un poder sin límites. Esto hizo Dios, y no con objetos de poca monta, sino con el mundo entero.

Dios ha de ser infinitamente sábio, pues que su sabiduría resplandece en sus obras en el cielo y en la tierra; eterno, porque no habiendo sido criado no puede tener principio ni fin; infinito en perfeccion, porque existiendo por sí mismo nada le ha podido limitar, y tiene en sí propio la plenitud del ser, y de consiguiente inmenso, justo, santo, bondadoso, misericordioso, premiador de los buenos, castigador de los malos; en una palabra, un *Espiritu infinitamente perfecto, criador, conservador y ordenador de todas las cosas.*

De aquí se sigue que Dios está viendo todo lo que pasa en el mundo, y todo lo que ha pasado y pasará, con tanta claridad como vemos nosotros las cosas que tenemos delante de nuestros ojos, en medio del día; y no puede ser de otra manera, pues que nada acontece bueno ni malo sin que él lo quiera ó lo permita. Cuando hacemos una cosa, por mas en secreto que la hagamos, cuando tenemos un pensamiento ó un deseo sin que exteriormente lo manifestemos, todo lo está viendo, todo lo está mirando, como un hombre que nos contemplanse con mucha atencion y muy de cerca. ¡Qué recuerdo tan á propósito para llevar arreglada nuestra conducta!

CAPITULO III.

CREACION DEL HOMBRE.

El hombre ha sido criado por Dios; así nos lo enseña la Religion de acuerdo con la razon natural. Para convencerse plenamente de esta verdad, basta recordar que venimos al mundo naciendo de una muger,

que esta muger tuvo tambien sus padres, y éstos otros: y como es claro que al fin hemos de parar á unos padres que no tuvieron otros padres, estos debieron ser criados por Dios. Esto no admite réplica; de lo contrario seria menester decir que los primeros hombres nacieron de la tierra como una planta. Imposible parece que haya podido caber en cabeza humana tamaño delirio.

CAPITULO IV.

EXISTENCIA Y ESPIRITUALIDAD DEL ALMA.

Todos sabemos por esperiencia propia que hay dentro de nuestro cuerpo una cosa que piensa, quiere y siente; esto es lo que llamamos alma. Cuando decimos que es espiritual, entendemos que no es una parte de nuestro cuerpo, ni es nuestra sangre, ni nuestros nervios, ni nuestras fibras, ni nuestro cerebro, ni nada que sea largo, ni ancho, ni hondo: que no puede dividirse en partes porque no las tiene; en una palabra, que no es nada de semejante á todo cuanto vemos y tocamos, ó percibimos con otros sentidos, sino que es de un órden muy distinto, muy superior á todo cuanto nos rodea; es decir, que "*es una sustancia simple, con facultad de entender y de querer.*"

Que nuestra alma es espiritual y no corporal, se deja conocer fácilmente considerando la diferencia que media entre ella y los cuerpos. Estos si se les mueve, se mueven; si se les deja quietos, quietos permanecen; es decir, que por si no tienen accion ni movimiento: en nuestra alma se observa todo lo contrario; porque no solo hace mover el cuerpo cuando quiere y del modo que quiere, sino que con el pensamiento recorre en pocos instantes el cielo y la tierra; y es tan inquieta, tan activa, tan vivaz, que es cerrar los ojos a la luz el empeñarse en decir que no sea muy

diferente su naturaleza de la naturaleza de los cuerpos.

CAPITULO V.

ACLARACION Y CONFIRMACION DE LA MISMA VERDAD.

Increible parece que haya hombres que digan que el alma no es espiritual; porque si no lo es, entonces será ó nuestra sangre, ó algun humor, ó algun fluido finísimo, ó algun conjunto de fibras, ó algo por este tenor; cosa que á primera vista se presenta ya tan estraña y repugnante, que bien se alcanza su absurda falsedad. ¿Cómo es posible que el alma, capaz de idear y ejecutar obras tan grandes y tan hermosas no sea mas que un pedacito de carne, una madeja de nervios, un ovillo de fibras, ó alguna porcion de sangre, ó de humores, ó de fluidos, por delicados que se imaginan? Cuando admiramos los inmortales poemas de Homero, de Virgilio y de Taso, las elocuentes páginas de Demóstenes, de Ciceron y de Bossuet, los maravillosos cuadros de Miguel Angelo y de Rafael, ¿cabe ni pensar siquiera que en aquellas cabezas no habia mas que carne, nervios, fibras, sangre, humores, fluidos de distintas clases, pero ningun espíritu? ¿cómo puede concebir semejante despropósito un hombre sano de juicio?

CAPITULO VI.

INMORTALIDAD DEL ALMA; PREMIOS Y RECOMPENSAS DE LA OTRA VIDA.

El alma no muere con el cuerpo. Todos los pueblos de la tierra han creído siempre que despues de esta vida hay otra donde se premian las buenas obras y se castigan las malas, y fuera bien estraño que el linage humano en masa se hubiese engañado. Si esto no fuera verdad, ¿quién se lo hubiera dado á entender á to-

dos los hombres? Esto prueba que Dios lo enseñó así á los primeros padres, y que por tradicion se ha ido transmitiendo á todos los tiempos y paises; de otra manera no es posible concebir cómo hombres de tan diferentes épocas, distintos climas, diversas ideas y costumbres, hayan podido todos convenir en la misma creencia. Es verdad que se ha esplicado de varios modos, segun la variedad de las religiones; pero en cuanto al hecho principal, es decir, la existencia de la otra vida y la inmortalidad del alma, todos están acordes. Prueba incontestable de que el alma no muere con el cuerpo, pues que cuando muchos testigos que en nada concuerdan entre si, están sin embargo acordes en un punto, es señal de que en aquel punto se halla la verdad.

Esta creencia universal del linage humano está además confirmada con otra razon tan robusta como sencilla. Vemos á cada paso que hay malvados que pasan una vida regalada; hay hombres de bien que arrastran una existencia cargada de miserias é infortunos: siendo Dios justo, ¿cómo es posible que no tenga reservado en otra vida, el premio para la virtud y el castigo para la maldad? ¿Podremos creer que muera el hombre como los brutos animales, sin que haya de dar cuenta á nadie de sus acciones buenas ó malas? ¡Ah! no hagamos este insulto á la justicia divina, no degrademos de tal manera nuestra naturaleza colocándonos al nivel de las bestias.

CAPITULO VII.

CONFORMIDAD DE LA RAZON CON LA RELIGION EN LO TOCANTE AL ALMA Y Á LA CREACION DEL HOMBRE.

Ya hemos visto que nuestra alma es espiritual; y de esto se infiere con toda evidencia, que aunque el

cuerpo se forme en las entrañas de la madre, no puede suceder lo mismo con respecto al alma. Siendo esta incorpórea, no se compone de carne y sangre, y por consiguiente ha debido ser creada por Dios, quien la une al cuerpo mientras este se va formando y perfeccionando en el seno de nuestra madre. Bien entendido esto, se manifiesta con toda claridad cuán conforme es á la razon lo que refiere la Sagrada Escritura sobre la creacion de nuestros primeros padres.

En efecto: ya vimos que aunque unos hombres desciendan de otros, y estos de otros, y así sucesivamente, al fin hemos de llegar á un hombre y á una muger que no han nacido de otros, sino que han debido ser criados por Dios. Este hecho que la razon nos enseña como necesario, nos lo refiere y explica con mucha sencillez y claridad la Sagrada Escritura, diciéndonos: que Dios, despues de haber criado el cielo y la tierra, formó del polvo de ésta el cuerpo de Adan, criando en seguida el alma espiritual, para unirla al cuerpo. Es muy hermosa la espresion de que se vale la Sagrada Escritura para explicarnos esta union inefable. Formado el cuerpo del hombre, no teniendo todavia alma que le vivificase, yaceria tendido en el suelo, sin movimiento alguno; no feo y deforme como son ahora los cuerpos de los muertos, sino como una hermosísima figura de cera. Crió Dios el alma, la unió al cuerpo, y en el mismo instante se abrieron los ojos de aquella estatua, se animó y avivó toda su fisonomía. Esa trasformacion tan maravillosa como bella, la espresa el sagrado testo diciéndonos, que Dios inspiró en el semblante de Adan un soplo de vida: no porque soplaes en realidad, lo que es imposible siendo Dios un ser espiritual, sino para darnos á entender que debemos mirar el alma del hombre como una cosa distinta y muy diferente del cuerpo; no formada de materia al-

guna, sino emanada inmediatamente de la Divinidad por medio de la creacion.

CAPITULO VIII.

CONTINUACION DE LA MISMA MATERIA.

Explicada de esta suerte la, creacion del primer hombre, échase de ver que tampoco hay dificultad en lo que nos refiere la Sagrada Escritura sobre la creacion de la muger, cuyo cuerpo fué formado de una costilla de Adan; significándose así, que habia de ser su compañera, recibiendo luego el alma del propio modo que habia sucedido con el varon. Concébase tambien muy claramente, como unidos por Dios en matrimonio, y fecundizada esta union con las bendiciones del Criador del universo, pudo formarse el linage humano y estenderse por la faz de la tierra. En vano han buscado algunos filósofos orgullosos un medio para sustraerse en este punto á la autoridad de los libros sagrados: el velo que cubre la cuna de la humanidad solo le levanta la Religion, y fuera de su augusta enseñanza solo se encuentran sueños y delirios. No forcejeemos en vano contra la fuerza de la verdad, no cerremos obstinadamente los ojos á su purísima luz; antes bien demos gracias al Dios de bondad que por medio de la revelacion se ha dignado ponernos á cubierto de las cavilaciones y extravíos de nuestro flaco entendimiento, cerciorándonos de la alta nobleza de nuestro origen.

CAPITULO IX.

EXISTENCIA DE UNA RELIGION VERDADERA.

Dios nos ha criado, nos conserva, nos dirige; él es nuestro principio, él es nuestro fin; y nuestra alma que no perece con el cuerpo, que vivirá eternamente, ha de ir á encontrarse un dia en presencia del Juez supremo,

que le pedirá cuenta de todas sus acciones, y le dará, conforme á sus merecimientos, ó el premio ó el castigo. En esta vida, pues, debemos ya preparararnos para la otra, debemos conocer nuestro origen, nuestro destino y los medios que para llegar á este destino nos ha suministrado la Providencia. Estos conocimientos y estos medios nos los proporciona la Religion; y esto basta para demostrar su existencia, pues si ella no existiese, estaria el hombre en el mundo como un huérfano abandonado, de quien nadie cuida, que ni sabe de dónde ha salido, ni en qué ha de parar.

El hombre ha de amar á Dios porque es infinitamente bueno, y ademas porque le ha colmado de tantos beneficios; ha de tributarle por ellos acciones de gracias, y ha de adorarle como á Señor de cielo y tierra; pero en todos los actos, tanto interiores como exteriores en que rinda su culto á Dios, ha de hacerlo de una manera agradable á la Divina Magestad, y cual conviene á una criatura que ofrece su homenaje al Criador. Luego ha de haber ciertas reglas en este culto, luego no pueden haber sido encomendadas al liviano capricho de los hombres, luego ha de haber una Religion, la misma para todos los hombres, y en que vivan seguros de que observando lo que ella prescribe, cumplen con la voluntad de Dios, y caminan por el sendero que conduce á la eterna felicidad.

Decir que todas las religiones sean igualmente buenas; que tanto importa ser cristiano, como sectario de Mahoma, judío, como idólatra, es lo mismo que negar la Providencia, es afirmar que Dios despues de criado el mundo ha dejado de cuidar de su obra; es pretender que el linage humano marcha sin objeto, sin destino, al acaso, como un rebaño sin pastor. ¿Se dirá tal vez que un Dios infinitamente grande no cuida de nuestras pequeñeces, y que mira con indiferencia nuestras ado-

raciones? Pero entonces, ¿para qué sacar de la nada á esas criaturas, si no habia de cuidar de ellas? Por cierto que si la inmensa distancia que media entre el hombre y Dios, fuera razon suficiente para afirmar que Dios no cuida del culto que nosotros le ofrezcamos, probaria tambien que no tuvo motivo para criarnos; porque un Dios infinitamente grande, ¿qué objeto pudo proponerse en sacar de la nada á una criatura, á quien luego habia de abandonar, sin dar oido á sus plegarias, sin aceptar sus ofrendas, siéndole indiferente que siguiera esta ó aquella ley, que le tributara este ó aquel culto, dejándola sola, desamparada, en medio de las mas horrorosas tinieblas? Quién puede concebir semejantes absurdos? Esto seria equivalente á negar la bondad y la sabiduría de Dios: y un Dios sin sabiduría y sin bondad no seria Dios.

CAPÍTULO X.

LAMENTABLE CEGUERA DE LOS INDIFFERENTES EN RELIGION.

No faltan algunos que sin negar definitivamente la verdad de la Religion, no le están tampoco adheridos, ni cuidan de averiguar si es verdadera ó falsa. “No quieren meterse, segun dicen, en esas cuestiones: no saben lo que hay sobre esto, ni quieren darse trabajo por saberlo.” Estos se llaman *indiferentes* en materias de Religion. Por cierto que no puede haber estado mas lamentable que el de *indiferente*; porque si bien se mira, tiene algo de peor que el de aquellos que son irreligiosos por sistema, y que atacan la Religion. Porque el hombre que niega su verdad, que disputa, que se empeña en convencerla de falsa, al menos se ocupa en ella entre tanto la examina, y andando el tiempo puede venir dia, en que, ó por medio de un libro, ó de la conversacion con algun hombre sabio, se

quede él desengañado de sus errores, convenciéndose de la verdad de la Religion. Pero quien ha tomado ya por sistema no pensar en ella, quien se ha llegado á imaginar como cosa indiferente el que sea verdadera ó falsa, este tal, como ni leerá, ni consultará sobre la materia, no saldrá jamas de su mal estado, y será como un hombre que se duerme tranquilo al borde de un abismo.

Para manifestar cuán contrario es á la razon y á las reglas mas comunes de prudencia un sistema semejante, bastará considerar, que la Religion no versa sobre cosas que nada tengan que ver con el hombre; sino que se propone nada menos que enseñarle su origen, su destino y los medios que para llegar á este destino debe practicar. Es decir, que en la Religion ha de encontrar el hombre lo que mas le importa, lo que mas le toca de cerca; y no puede prescindir de ella sin esponerse á gravísimos peligros. En efecto, por mas que una persona sin religion suponga que no es cierto que haya otra vida de premio para los buenos y castigo para los malos; al menos no puede negar que el negocio es tan grave, que vale la pena de ser examinado. Porque la razon y la esperiencia nos aseguran de que ha de venir un dia en que hemos de morir: entonces, sin remedio, hemos de experimentar por nosotros mismos si hay otra vida ó no; y en el momento en que habremos dado el último suspiro, en que los que rodearán nuestro lecho de agonía dirán: *ya ha muerto*; en aquel mismo instante, nosotros mismos hemos de experimentar lo que hay sobre la otra vida. ¿Y quién será tan loco de arrojarse á la eternidad, sin cuidar de si en ella se encuentra algun peligro de hacerse infeliz para siempre, sin esperanza de remedio? Dirá el indiferente que tal vez no hay nada de todo lo que dice la Religion, que quizás el alma muere con el cuerpo; pero, y si hay

realmente lo que dice la Religion, si el impío se equivoca, si en el acto de morir encuentra que es verdad todo lo que ella enseña, que hay un cielo para los buenos, y un infierno para los malos? ¿Adónde podrá ir un hombre que en vida no ha querido cuidar de saber si la Religion era verdadera ó falsa? ¿Podrá esperar ir al cielo quien no ha querido saber si habia cielo? ¿Quién pasa su vida sin averiguar, ni si hay un Dios que le haya criado, ni cómo debe amarle y servirle, ni si hay una regla para encontrar la verdad en las materias de mas importancia; quien vive en un olvido tan profundo de sí mismo, ¿Podrá menos de ser culpable delante de Dios? ¿podrá quejarse si se le destina á un lugar de castigo eterno? Increible parece que haya hombres que vivan en tal ceguera: el corazon se acongoja al verlos marchar distraidos hácia la orilla de un precipicio horroroso.

CAPITULO XI.

CORRUPTION DEL LINAGE HUMANO.

El hombre presenta á cada paso tan estraña mezcla de nobleza y degradacion, de grandor y pequeñez, de bien y de mal, que no es fácil concebir cómo un ser de tal naturaleza haya sido obra de la mano de Dios. En efecto: mientras que con su entendimiento abarca, digámoslo así, el cielo y la tierra; mientras que adivina el curso de los astros y penetra en los mas hondos arcanos de la naturaleza, le vemos tambien lleno de dudas, de ignorancia, de errores; tiene un corazon noble, amante de la virtud, que se entusiasma con el solo recuerdo de una accion generosa, pero que se pega tambien á los objetos mas viles, y sabe abrigar la crueldad, la tracion y la perfidia; es capaz de concebir y realizar agigantados proyectos, y de arrostrar impertérrito todo linage de peligros, y quizás tiembla pavoroso á la vis-

ta de un riesgo despreciable, y se acobarda y desfallece por solo tropezar en la dificultad mas liviana; suspira siempre por la felicidad, y vive abrumado de infortunio; en una palabra, por donde quiera que miremos al hombre, encontramos una estraña mescolanza que asombra y confunde.

Si hacemos un momento de reflexion sobre nosotros mismos, echaremos de ver que todo el curso de nuestra vida es una continuada lucha entre la verdad y el error, la virtud y el vicio, el amor de la felicidad y la desdicha. El cumplimiento de nuestras obligaciones por una parte, y la pereza y todas las pasiones por otra, tienen en no interrumpida tortura à nuestra alma; por manera que no parece sino que dentro de cada uno de nosotros hay dos hombres que disputan y luchan incansables, el uno bueno, el otro malo; el uno cuerdo, el otro loco. Y por lo que toca à la dicha, ¿quién puede gloriarse de disfrutarla, de haberla gustado apenas? ¿Cómo es posible, dirán los incrédulos, que una monstruosidad semejante haya salido de las manos de un Dios infinitamente sábio, infinitamente bueno? Aquí, sin embargo, aquí al responder esta dificultad, es donde la Religion católica muestra toda su elevacion y grandeza; aquí es donde ostenta uno de sus mas irrecusables titulos para probar que ella, y solo ella, es la verdadera.

La Religion no niega que existan en el hombre contradicciones palpables, que no se vean en su ser y en su conducta irregularidades monstruosas; no trata de disminuir en nada la realidad del hecho en que se funda la dificultad, porque como se siente con fuerza para soltarla del todo, no necesita ni atenuarla, ni orillarla, ni eludirla; sino que dejándola que se presente en toda su magnitud y robustez, tal como habia bastado para confundir á los mayores filósofos de la antigüe-

dad, la arrostra de frente, y dice: "Sí, el hombre yace en el error y en la corrupcion; pero, ¿quereis comprender el secreto? ahí está, en uno de los dogmas que yo enseño, en el pecado original. El hombre de ahora no es tal como Dios le crió, sino que es un hombre degenerado. Dios le habia criado inocente y feliz: su entendimiento estaba ilustrado con la luz de la verdad, su voluntad ajustada á los dic ámenes de la razon y de la ley divina; su vida se deslizaba en agradable quietud, en apacible bienestar, su corazon rebosaba de dicha. Tamaña felicidad hubiera pasado á su descendencia si se hubiese conservado sumiso á los mandamientos de Dios; pero el hombre pecó, y por inescrutables designios del Altísimo, ha quedado todo el linage de Adán infecto de la culpa y sujeto á la pena. He aquí aclarado el misterio de las contradicciones del hombre: esta noble criatura es imágen y semejanza del mismo Dios, pero la mancha del pecado ha desfigurado la hermosa imágen; quando vemos al hombre inteligente, inclinado á la virtud, alzando su noble frente para mirar el cielo, vemos allí la imágen de Dios; quando le vemos en las tinieblas del error, en el cieno de la corrupcion, en las angustias del infortunio, vemos el estrago hecho en la bella imágen por el borron del pecado.

Así es como explica la Religion las contradicciones y monstruosidades del hombre; y si bien es verdad que la misma explicacion es tambien un misterio muy superior al alcance de la inteligencia humana, tampoco puede negarse que al traves de las sombras que encubren el augusto arcano, se divisa tal fondo de razon y de verdad, y que despide el misterio del pecado original tan abundante luz para poner en claro el universo eterno, que nuestro entendimiento se encuentra satis-

fecho, y dice para sí: "este misterio es superior á tu razon, pero no contrario á ella."

CAPITULO XII.

REPARACION DEL LINAGE HUMANO POR JESUCRISTO.

Caido el hombre del estado de inocencia y felicidad en que habia sido criado, infecto de la culpa, echado del pariso, sujeto á toda especie de penalidades y miserias, y por fin á la muerte, hubiera sido horrible su situacion, si Dios por su infinita misericordia no hubiese querido remediar tamaña catástrofe, enviando á su Hijo Unigénito para que todos los que creyeran en él no pereciesen, sino que tuvieran la vida eterna. Sin duda que Dios hubiera podido perdonar al humano linage su culpa, y condonarle la pena merecida, sin exigir satisfaccion de ninguna clase, porque el mismo Dios era el ofendido; y ademas, ¿quién señala lindes á su omnipotencia? Podia tambien exigir una satisfaccion, alcanzarla de mil maneras diferentes que al débil hombre no le es dado conjeturar, pero que no están ocultas á la sabiduría infinita, ni están fuera del alcance de la mano Todopoderosa; pero quiso que la misma caida del hombre sirviese para manifestar mas y mas la infinidad de su poder, el rigor de su justicia, la grandeza de su bondad, el inagotable caudal de su misericordia. Quiso recibir una satisfaccion, y no como quiera, sino una satisfaccion completa; pero el hombre miserable, finito en su ser, reducido en sus medios, caido de la gracia, sentado en las sombras de la muerte, ¿cómo podia dar satisfaccion semejante? Parece que el alma forceja para encontrar un medio, pero es en vano; el corazon se entristece y se acongoja, la mente se abate y se anubla. ¡Profundos designios de un Dios! "El Unigénito del Padre, imágen del mismo

Padre, Dios como su Padre, se hará hombre, sufrirá horribles tormentos y morirá por fin en afrentoso patíbulo; ofrecerá sus dolores, sus tormentos y muerte en expiacion de los pecados del mundo y para la reconciliacion del humano linage; los que vivan antes del Salvador, se salvarán con la fé en el Mediador venidero, uniéndose á Dios por la esperanza y la caridad; y los que vengan despues de él, se salvarán con la fé en el mismo Mediador, unidos á él por la esperanza y la caridad, formando un rebaño que se llamará Iglesia de Jesucristo, que será regida por los pastores puestos por el Espíritu Santo, y principalmente por una cabeza visible; representante y vicario de Jesucristo en la tierra." Hé aquí lo que decretó el Eterno, y lo que ha realizado para salvar al humano linage: ¿puede darse nada mas grande, mas augusto, mas admirable? No podia caber en el pensamiento humano escogitar un medio como este, en que la justicia divina queda del todo satisfecha, pues que quien satisface es un Dios, manifestándose esta justicia en su aspecto mas imponente y terrible, pues que la víctima que escige es nada menos que un Dios; en que la misericordia respaldece admirablemente, pues que Dios se compadece de los hombres hasta darles á su Hijo Unigénito y entregarle á la muerte; en que la sabiduría se ostenta de un modo inefable, conciliando extremos tan opuestos, como son el ejercicio simultáneo de una justicia infinita y de una misericordia infinita, haciéndose todo por medio de esa incomprensible comunicacion de Dios con el hombre, resultado por el augusto misterio de la Encarnacion un Dios-Hombre. ¡Ah! jamás religion alguna se ha presentado tan grande como la Religion Católica al esplicar esos profundos arcanos del Todopoderoso; jamás ninguna ha ostentado tan magníficos títulos para arrebatar desde luego nuestra admiracion,

para inspirarnos profundo acatamiento. Lo que es tan grande, tan elevado en sus pensamientos, solo puede haber emanado de Dios.

CAPITULO XIII.

VERDAD DE LA VENIDA DE JESUCRISTO.

Segun la doctrina católica, Jesucristo es el Hijo de Dios, Dios como el Padre, y que se hizo hombre, y padeció y murió por la salud del linage humano. Nuestro entendimiento no es capaz de comprender este tan sublime misterio, y ni aun hubiéramos pensado jamas en él á no haberse Dios dignado revelárnosle. Pero por mas inútil que sea el hacer esfuerzos para penetrar el abismo de tan augusto arcano, no deja por eso de poderse demostrar por las mismas señales que Dios ha dado, que es una verdad la venida de Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre.

En primer lugar, nadie puede negar que ecsistió en la Palestina, habrá cosa de diez y ocho siglos, un hombre llamado Jesus, que predicaba, que arrastraba tras sí gran golpe de gente, y que al fin murió en un patíbulo. La ecsistencia de este hombre nos consta tan de cierto como la de muchos otros personages célebres de la antigüedad, filósofos, oradores, poetas, políticos, guerreros ó de otra clase cualquiera. Es bien claro que no sabemos que hayan ecsistido Homero, Alejandro, Ciceron, César, etc., sino porque de la ecsistencia de esos hombres hablaron sus contemporáneos, siguieron haciendo lo mismo sus sucesores, y así en adelante hasta llegar á nosotros. Lo mismo ha sucedido con respecto á Jesus: de él nos hablan los que vivian en su tiempo, esplicándonos cuál era su patria, cuáles sus doctrinas, quiénes sus amigos, quiénes sus enemigos, cuál fué su vida, cuál su muerte: los hombres que vinieron al mundo desde entonces hasta ahora, han continuado hablando de Jesus;

y aun aquellos que han pretendido que no era Dios, ni enviado de Dios, no han dicho que no haya ecsistido; luego quien salga ahora sosteniendo que es falso que haya ecsistido Jesus, afirmando que su ecsistencia debe tomarse en un sentido figurado, es tan ridículo como quien dijere que Sócrates, que Alejandro, que César no han ecsistido jamas; porque aun no mirando la cosa con ojos cristianos, sabemos por lo menos tan de cierto lo uno como lo otro.

CAPITULO XIV.

DIVINA MISION DE JESUCRISTO.

Réstanos ahora probar que Jesucristo era enviado de Dios, y verdadero Dios.

Nadie ignora que en varios tiempos y lugares han ecsistido algunos hombres que se han dicho enviados del cielo, cuando en realidad no eran mas que pérfidos impostores, que engañando á la muchedumbre procuraban hacer su negocio, ó miserables alucinados que tenian desconcertado el cerebro. En una de estas dos clases ponen á Jesucristo los enemigos de la Religion; y aunque es bien claro que la sola idea de tal blasfemia hace horrorizar á todo cristiano, es sin embargo muy conveniente que procuremos manifestar á la luz de la razon, la suma injusticia y ligereza con que proceden en esta parte los enemigos de Jesucristo. Su sola persona se presenta ya á primera vista tan estraordinaria, tan superior á todos los hombres que han aparecido sobre la tierra, que yadesde luego se descubre en él algo de maravilloso y divino. Sus costumbres son las mas puras, sus palabras sábias y sentenciosas, su trato en extremo amable, respira una sencillez tan magestuosa, una gravedad y dignidad tan naturales y tan sorprendentes, tal elevacion de conceptos y sentimientos, que hasta el mis-

mo impío Rousseau esclama admirado: "Si la vida y muerte de Sôcrates son de un sábio, la vida y muerte de Jesucristo no pueden ser sino de un Dios."

Hasta los mismos enemigos de la Religion cristiana convienen en que la moral de Jesucristo es lo mas puro, mas noble y elevado que se ha visto jamás. Toda la doctrina de los filósofos antiguos es nada en comparacion de la de Jesucristo: ya sea que lo oigamos hablando del hombre y de Dios, ya sea que eexamine-mos la basa en que hace estribar su doctrina moral, ya sus preceptos y consejos, ya lo poderoso de los motivos para inducir al hombre á la práctica de todas las virtudes. Siendo Jesus salido de una familia oscura y pobre, no habiendo aprendido en ninguna parte las letras, ¿quién le habia comunicado tanta sabiduría? ¿no es esto una prueba de que era enviado de Dios, de que no era un impostor? Cuando algun hombre quiere engañar á otros, lo que procura es halagar sus pasiones y caprichos, disimulando y escusando sus faltas, cuida de buscar la proteccion de los poderosos, y por lo comun no se olvida de labrar su propia fortuna; pero Jesucristo todo al contrario, siempre reprendiendo el vicio, siempre contra las pasiones, siempre predicando su moral severa. Busca con preferencia á los pobres, á los desvalidos, ama muy particularmente á los niños, y es tan desinteresado que no tiene sobre que reclinar su cabeza. ¿Son estas señales de ser engañador? Si tal hubiera sido ¿no habria al menos procurado evitar los tormentos y la muerte? ¿Es posible que se hubiese olvidado de sí mismo hasta tal punto, que á pesar de que veía que tan de cerca le amenazaba el patíbulo, como lo aseguraba él mismo, nada hiciese para librarse de afrenta tan horrorosa? ¿Y el morir con tan serena calma, el no pronunciar una palabra contra sus enemigos, contra aquellos mismos

que le estaban insultando y atormentando, el orar por ellos pendiente de la cruz, ¿no manifiesta que en aquel corazon se abrigo lo que jamás se habia abrigado en el corazon de otro hombre?

CAPITULO XV.

CONTINUACION DE LA MISMA MATERIA.

Además, quien no sea enviado de Dios no puede hacer milagros; porque como solo Dios puede hacerlos, es claro que aquel hombre en favor de cuya doctrina se hacen, ha de ser precisamente enviado de Dios; porque de otra suerte se siguiera, que Dios confirmaria el error con muestras de su omnipotencia. Jesucristo hacia de continuo milagros; resuscitaba muertos, restituía la vista á los ciegos, el oido á los sordos, la palabra á los mudos, el andar á los tullidos; curaba con una palabra toda clase de enfermedades, andaba sobre el mar como sobre un cristal; con el imperio de su voz sosegaba en un instante las olas en medio de la tempestad. Y que los hacia es tan cierto, que ni sus mismos enemigos se atrevian á negarlo, como que no sabiendo á que recurrir, decian neciamente que Jesus obraba por virtud del demonio; como si hubiera sido esto posible quien los echaba de los cuerpos, en quien con la santidad de su doctrina presentaba una firmísima prueba de que trataba de destruir el imperio de ese enemigo del linage humano.

Los que se atreven á dudar de los milagros de Jesucristo deberian tambien dudar de todo lo demás que nos refieren las historias. Porque, ¿cómo podemos saber que en tal tiempo, en tal lugar ha habido una guerra y que en ella se ha distinguido mucho un general, que ha tomado estas ó aquellas plazas, que ha conseguido estas ó aquellas victorias? Es bien claro que el

único medio que tenemos es, que así nos lo refieran hombres entendidos y veraces que lo hayan visto con sus propios ojos, u oído al menos de boca de testigos que merezcan toda fé. Esto sucede con los milagros de Jesucristo: pues que aun mirando la Sagrada Escritura no mas que como un libro cualquiera, siempre resulta que son dignos de fé hombres que nos refieren lo que ellos han visto; que lo dicen en presencia de los enemigos del nombre de Jesus, quienes sin duda los hubieran desmentido, si se hubiesen arrojado á mentir; hombres que tan convencidos estaban de lo que decian, que murieron en los patibulos por sostenerlo. ¿Puede darse mejor prueba de que un hombre cree lo que dice, que el morir con muerte afrentosa para sostener lo que dice?

CAPITULO XVI.

EL CUMPLIMIENTO DE LAS PROFECIAS ES OTRA PRUEBA DE LA DIVINIDAD DE JESUCRISTO.

Otra de las pruebas de que Jesucristo era enviado por Dios, son las profecías que se cumplieron en él de un modo tan visible. Las cosas que han de venir y que no tienen ningun enlace necesario con las que han sucedido, solo Dios es capaz de conocerlas. Puede el hombre saber que mañana saldrá el sol, porque esto es lo que sucede de continuo por el mismo orden de la naturaleza; puede tambien pronosticar que lloverá, que habrá tempestad, que habrá buena ó mala cosecha todo con mas ó menos probabilidades de acierto, segun sean los indicios en que se funde la conjetura; pero saber que de aquí á quinientos, ó á mil ó dos mil años haya de nacer un hombre en tal lugar y de tal manera, pronosticando circunstanciadamente el modo con que ha de vivir, padecer y morir, la propagacion de su doctrina por-toda la tierra, la sociedad que ha de formar-

se de sus discípulos; en una palabra, predecirlo todo con tanta claridad y precision como si estuviera sucediendo, ¿quién puede hacerlo sino Dios?

Si en algun hombre se verifican semejantes profecías, y si en ellas se nos dice que este hombre será el Salvador del mundo, que nos llevará la luz y la gracia, que será el Hijo de Dios, y Dios como su Padre, cuando venga este hombre en quien se cumplan todas las señales de un modo admirable, ¿no habremos de pensar que aquellas predicciones han dimanado de Dios, y que aquel hombre es enviado de Dios? Todo esto se verificó en Jesucristo, y de tal manera, que á veces leyendo los profetas parece que estamos leyendo historiadores. El tiempo en que vino al mundo, el lugar de su nacimiento, la persecucion de Herodes, la huida á Egipto, el tenor de su vida, su conducta, sus modales, su predicacion, sus milagros, sus padecimientos, su muerte, la propagacion de su doctrina, la fundacion y duracion de su Iglesia, todo se halla pronosticado de muchos siglos antes, y con una precision que asombra. Los libros de la Sagrada Escritura andan en manos de todo el mundo; el Viejo Testamento y el Nuevo, comparados entre sí, hacen resaltar esta verdad tan clara como la luz del dia. Aquí no se trata de mirarlos como libros sagrados, basta considerarlos como los de Herodoto, de Tucídedes ú otro libro cualquiera; cotejar las fechas de las predicciones y de los acontecimientos, y ver si lo que sucedió en Jesucristo estaba pronosticado ya muchos siglos antes de que él viniese al mundo.

CAPITULO XVII.

CONTINUACION DE LA MISMA MATERIA.

No solo se cumplió en Jesucristo todo lo que de él